



PRIMERA EDICIÓN del CONCURSO

# Relatos

sobre los refugiados

palestinos

e iraquíes



ORGANIZA Y EDITA:

Asociación Cultura, Paz y Solidaridad  
Haydée Santamaría

[www.culturaypaz.org](http://www.culturaypaz.org)

APOYA Y SUBVENCIONA:

Caja Bonita



Asociación Cultura, Paz y Solidaridad  
Haydée Santamaría

[www.culturaypaz.org](http://www.culturaypaz.org)

PRIMERA EDICIÓN del CONCURSO

# Relatos

sobre los refugiados

palestinos  
e iraquíes

## Relación de premiados e institutos

1.º premio 12-14 años	<b>Sandra Núñez García</b> I.E.S. DIONISIO AGUADO de Fuenlabrada, 3.º ESO
2.º premio 12-14 años	<b>Nuria Arnaiz Canora</b> I.E.S. MARÍA ZAMBRANO de Leganés, 2.º ESO
2.º premio BIS 12-14 años	<b>Blanca Squarzanti López</b> I.E.S. MARÍA ZAMBRANO de Leganés, 2.º ESO
1.º premio 15-18 años	<b>Cristina Reinoso Albarrán</b> I.E.S. CLARA CAMPOAMOR de Getafe, 4.º ESO
2.º premio 15-18 años	<b>Alberto Cabañas Cob</b> I.E.S. Pablo Neruda de Leganés, 1.º Bachillerato A

Edita: Asociación Cultura, Paz y Solidaridad Haydée Santamaría  
Avda. Conde de Barcelona, 17  
28914 Leganés - Madrid  
Tel. /Fax: 916898162  
www.culturaypaz.org / culturaypaz@culturaypaz.org  
ISBN: 978-84-?????????????  
Depósito legal: ??????????????????  
Impreso en España  
Miembros del jurado: Este, el otro y el de más allá ??????????????  
Diseño y realización: limalimón

Presentación .....	5
<b>1.º premio 12-14 años</b>	
<b>EL REGALO DE LA PAZ</b> <i>(Sandra Núñez García)</i> .....	9
<b>2.º premio 12-14 años</b>	
<b>LA SITUACIÓN DE LOS REFUGIADOS PALESTINOS E IRAQUÍES</b> <i>(Nuria Arnaiz Canora)</i> .....	27
<b>2.º premio BIS 12-14 años</b>	
<b>POR UN TOBOGÁN DE CENTRAL PARK</b> <i>(Blanca Squarzanti López)</i> .....	37
<b>1.º premio 15-18 años</b>	
<b>TANTOS SUEÑOS POR CUMPLIR</b> <i>(Cristina Reinoso Albarrán)</i> .....	49
<b>2.º premio 15-18 años</b>	
<b>LOS OTROS REFUGIADOS</b> <i>(Alberto Cabañas Cob)</i> .....	57





## Presentación

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.



un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo. Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu,

sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.

Aquí irá un texto de presentación del fabuloso Manu, sobre el concurso de relatos y sobre la realidad de los refugiados palestinos e iraquíes como temática del mismo.



**1.<sup>er</sup> premio**

**12-14 años**

## EL REGALO DE LA PAZ

Sandra Núñez García

Salma está en el tercer curso de secundaria de una escuela que tiene refugio antibombas. Salma vive en el territorio de Cisjordania, en Oriente Medio. A Salma le encanta la geografía, pero aún no entiende porqué el territorio donde vive no aparece bajo el nombre de ningún país. Salma sabe que todo comenzó hace sesenta años cuando se creó el Estado de Israel en Palestina. Pero ahora Palestina no existe, y no sabe muy bien cómo llamar a su tierra. Sin embargo, ella sabe que el odio ha llevado a su pueblo a estar en constante guerra con el pueblo israelí, por eso Salma no quiere ni oír hablar de la guerra ni del odio hacia los judíos. A ella le gustaría poder caminar por las calles de Cisjordania sin temer un ataque o sin que la miren mal por ser palestina.

Shaiel es israelí, perdió a su padre en el ejército y su hermano se niega a participar en la guerra. Por eso ahora éste está en la cárcel; porque el servicio militar es obligatorio en Israel. A Shaiel le gustaría viajar por todo su territorio sin tener que ver miles de alambradas que les separan de los palestinos. Shaiel es israelí, está orgullosa de su pueblo, ya que conoce muy bien la historia hebrea a través del estudio de las santas escrituras. Sin embargo, sabe que el pueblo judío fue humillado en la segunda guerra mundial, fueron víctimas de un exterminio con el que los nazis pretendían acabar con su pueblo; sólo por razones de etnia, de religión... Por eso a Shaiel le encantan las diferen-



cias. Le gusta formar parte de grupos muy distintos, con distintas religiones, con distintos colores de piel. Porque para Shaiel la tolerancia no es que todos sean iguales, sino que las diferencias de cada uno ayuden a mejorar al resto.

Shaiel está en tercer curso de secundaria, ahora debería de estar estudiando la Torah, pero en lugar de eso ha decidido estudiar las diferencias y semejanzas de las religiones. Ha empezado con el Islam. Sabe que su decisión provoca rechazo. Su madre le ha prohibido que cuente que estudia la cultura musulmana cuando sus familiares judíos ortodoxos acuden a la sinagoga los sábados. Shaiel no entiende la intolerancia, pero no quiere hacer daño a su madre, y por eso guarda su secreto.

A cambio, Shaiel convenció a su madre para que la dejase participar en un programa de la ONU para mejorar la vida de las niñas iraquíes refugiadas. Tiene que elaborar un proyecto junto a una niña palestina, tienen que discutir sus diferencias, hablar de la guerra que les enfrenta y llegar a un acuerdo. El premio es un viaje a Jerusalén para conocer a la compañera palestina; y con el dinero recaudado se construirán escuelas para niños y niñas iraquíes.

Shaiel está emocionada, porque sabe lo que es vivir bajo las bombas. Por eso ha decidido contarle a su amiga por carta que está estudiando la cultura musulmana.

*Querida Salma:*

*Hace unas semanas empecé a estudiar el Islam...fue poco antes de conocerte, es como si Yahvé me hubiera enviado una señal que me acercara a ti. No entiendo el odio que está llevando a nuestros pueblos a matarse. A veces me siento culpable, porque tu pueblo se quedó sin un país en el que vivir para dar este territorio a mi pue-*



*blo. Pero, ¿qué podíamos hacer? A lo mejor soy una idealista, pero sueño con que un día Jerusalén sea una ciudad en la que todas las religiones podamos vivir en paz. Sueño con ver desde el muro de las lamentaciones como vosotros salís en paz con vuestra alma tras rezar a vuestro dios.*

*Tengo una idea para nuestro proyecto, podríamos proponer que las distintas culturas intercambiaran sus virtudes y se conocieran mejor. Me encantaría poder contarte la paz interior que alcanzamos cada Sabbath (día sagrado de mi pueblo que se celebra los sábados). Espero que te interese, te mando unas fotos de las playas de Tel Aviv.*

*Shalom, Shaiel*

Salma está preocupada porque el correo tarda mucho en llegar a su casa. Sabe que si en un plazo de dos semanas no presenta unas ideas comunes con su compañera judía las echarán del proyecto de la ONU. Este trabajo es el único que le une con el mundo exterior. Es lo único que le hace olvidarse que no puede ir más allá de la alambrada. Ella siente que está como los animales en un zoo: tristes y sin poder ser libres.

Salma teme que los bloqueos del ejército judío no permitan llegar su carta. Pero sobre todo tiene miedo que su nueva amiga piense que no la responde porque es una ‘árabe intolerante’. Le da mucho miedo que piensen que ella es una fundamentalista que piensa que sólo su religión dice la verdad.

Aunque a su padre no le gusta mucho la idea de que se escriba con una niña ‘invasora’; él piensa que los judíos han colonizado su territorio de Cisjordania, pero no cree que los tiros y las piedras sean la solución. Por eso aquella mañana, cuando recibió un pequeño paquete color púrpura y vio el nombre de Salma pensó dos veces si dárselo o

no. Pensó que tener una amiga judía llevaría a su hija a tener problemas con los grupos terroristas de Cisjordania. Pero también pensó que si los niños no aprendían a llevarse bien con niños de otras religiones, entonces nadie podría solucionar el problema. Por eso decidió darle la carta a su hija, y cuando la vio sonreír se dio cuenta de que había hecho lo correcto.

Salma no entiende algunas cosas de las que le cuenta su amiga judía. No sabe qué es el Sabbath por eso ha ido al puesto de una cooperante europea para que la ayude. Sofía es amiga de Salma desde hace unos dos años. Vino a Cisjordania después de una larga lucha entre el ejército israelí y las milicias palestinas. Desde entonces siempre le pregunta todo aquello que no entiende. Incluso está aprendiendo a decir algunas palabras en hebreo para decírselas a Shaiel. Gracias a Sofía, Salma sabe inglés y con este idioma puede escribirse con su nueva amiga judía. Pero como está nerviosa, decide pedirle ayuda a Sofía para escribirle la carta a Shaiel.

*Hola Shaiel,*

*Tu carta ha llegado mucho en llegar porque aquí no hay correo electrónico sino burros que nos traen el correo. Bueno, es broma. No hay burros, pero casi. Hay pequeñas motos antiguas o furgonetas muy refrigeradas debido a los tiroteos cruzados que se encuentran a veces en la frontera. ¿En Tel Aviv hay bombas? Aquí a veces. No conozco a muchos judíos. En mi barrio hay población judía, pero viven en una urbanización cercada. Mis hermanos dicen que es un gueto, ¿hay guetos palestinos en Israel?*

*Me gusta mucho tu idea, podríamos inventar una escuela donde los niños que viven una guerra pudieran hablar con su bando enemigo. En un lugar sin bombas, sin ejército. Y la ONU nos pro-*



*tegería para que nadie nos hiciera daño.*

*Salam Malekun, Salma*

Shaiel se ha reído mucho con la carta de Salma. A pesar de que su joven amiga palestina ha vivido rodeada de bombas tiene mucho sentido del humor. Le gusta la vitalidad que se desprende en su carta. Además, a Shaiel le ha gustado tanto la idea de Salma que ha llamado a su hermana Esther, que vive en Estados Unidos, para que la ayude a crear una pequeña revista con la idea que las dos chicas proponen.

La madre de Shaiel está ilusionada porque desde que su marido murió la joven había estado siempre encerrada, estudiando y leyendo, y apenas tenía ilusión por conocer el mundo. Ahora siempre estaba atenta a la próxima carta de su amiga palestina, iba a las bibliotecas, hablaba con cooperantes europeos, con embajadas y preguntaba a los periodistas extranjeros por cómo era Palestina. Su madre veía en ella esa mirada rebelde y esperanzada que era la que deseaba para una chica de su edad.

Shaiel se ha enterado de que algunas escuelas del Islam no admiten retratos de personas, pero no sabe si las fotografías de las playas que le mandó a su amiga le habrán hecho enfadarse, así que decide disculparse junto con el proyecto que le envía a su amiga palestina.

*Querida Salma:*

*Ayer mientras estudiaba sobre el Islam descubrí en Internet que algunas escuelas del Islam no admiten fotografías. No lo sabía, y si te ha molestado, lo siento mucho. No entiendo muy bien por qué no puedes ver una foto mía. Me encantaría que supieras de qué color son mis ojos o que vieras mi sonrisa.*

*Te envío las ideas que tengo para nuestra pequeña escuela, la próxima semana tenemos que enviar una copia a la ONU. He pen-*



*sado que podríamos hacer un apartado especial para que los refugiados de Irak tengan ayuda internacional. Deben estar pasándolo fatal con esta guerra. Ellos no tienen nada.*

*En Tel Aviv también hay bombas, pero Yahvé nos protege.*

*Salam Malekun, Shaiel*

Salma está un poco desilusionada. Ayer mataron a dos jóvenes vecinos, porque según el ejército israelí acogían a terroristas en sus casas. Nadie quiere hablar cuando la televisión americana llega a Ramala. Salma desearía salir corriendo hasta Jerusalén, situarse en el punto más alto de la ciudad y gritarle a las teles de todo el mundo que está cansada de muertos, que no quiere ver más gotas de sangre cuando va a la escuela y que no le apetece tener que interrumpir sus clases porque un tiroteo comienza cerca de su escuela. Quizá todo este trabajo ha sido un error, nunca debería haberse aliado con una chica judía, ellos no quieren la paz, piensa Salma.

Durante toda la semana, Salma no abre la carta de su amiga. Esta vez el sobre púrpura está en todos los lugares que mira. Es como si le pidiera que lo abriese. Pero no puede hacerlo, no puede seguir engañándose, ni engañar a su pueblo. Si después de sesenta años nadie ha conseguido la paz, ¿piensa que va a conseguirla ella con una chica a la que apenas conoce? No servirá para nada. Sus hermanas iraquíes, sus amigos palestinos, ella, son los que sufren, están olvidados en el mundo. Mientras, no puede dejar de pensar que si no abre ese sobre se perderá un bonito proyecto. Un trabajo que puede ayudar a miles de niñas iraquíes.

Aquella noche Salma tuvo un sueño. Estaba nublado y Salma sentía una voz que le decía: “sigue el camino, ve de la mano con Shaiel, y sigue el camino”. Salma se resistía e intentaba quitarse de la mano a su

amiga pero no podía. Al día siguiente decidió que aquello era una señal y decidió abrir la carta. Tenía que luchar contra los malos pensamientos. Ella había comprendido que el camino que debían hacer las dos juntas era el comienzo para que muchos palestinos e israelíes se dieran la mano. Por eso decidió incluir esa parte en su trabajo, y así se lo hizo llegar a Shaiel.

*Hola, Shaiel.*

*Perdona el retraso. Alá me tuvo que ayudar con las dudas que tenía respecto a nuestro proyecto. Y descubrí que los seres divinos están en nosotros mismos. Y nosotros somos los que tenemos que guiarnos si queremos un mundo mejor. Por eso he decidido que en nuestra idea de escuela pongamos como ejemplo de convivencia nuestra amistad. Llevamos unos meses siendo amigas y si lo somos es porque el destino ha querido. Espero que te guste.*

*Espero que cuando pronto anuncien los premios de la ONU, puedas verme a mí y no a una fotografía.*

*Por cierto, ¿es verdad que en Sabbath no puedes abrir un bote de aceitunas?*

*Shalom, Salma*

A partir de ahí Salma y Shaiel se escribieron varias cartas. Las dos seguían contándose cosas sobre su cultura, se consultaban cosas sobre sus religiones y se enriquecían mutuamente. Mientras, casi sin darse cuenta, terminaron su trabajo y lo enviaron a la ONU. Unos meses después las llamaron para decirles que eran finalistas del concurso.

Aquel 15 de Mayo Shaiel y Salma estaban en la misma sala, en Jerusalén. No se conocían, cada una estaba en una parte del auditorio. Escuchando mientras leían las historias de los seis grupos finalistas.

Shaiel estaba acompañada por su hermana Esther, que había viajado desde Estados Unidos para acompañarla. Esther la había repetido varias veces que estaba orgullosa de que hubiera sabido amar a las personas por encima de la religión, sin dejar de ser judía, pero conociendo mucho más de otras culturas. Y, en especial, respetando a una 'hermana' Palestina.

Salma estaba nerviosa. Sofía, su amiga cristiana, la había acompañado desde Ramala para acudir al acto. Aquel día le había regalado un bonito vestido de color verde y llevaba un velo precioso que la cubría el cabello y la resaltaba el bonito color de sus ojos. Salma escuchaba las historias. Le había gustado especialmente la historia de dos niños mutilados por las bombas en la guerra de Irak que habían escrito un Suní y un Chií iraquíes. Estaba segura de que ellos ganarían. Pero sobre todo, su mayor premio era que crearan una escuela y que su amiga Shaiel no la diera la espalda por su aspecto. Sofía le dijo que Shaiel la aceptaría por su alma y no por su aspecto.

Cuando la portavoz de la ONU empezó a leer el resumen de su proyecto, a las dos niñas les subió un nudo por el estómago, y empezaron a sentir que no estaban solas, que estaban más unidas que nunca, sin verse, pero muy cerca.

Todos escucharon el resumen del proyecto que las dos muchachas habían hecho.

*Tan sólo unos cientos de kilómetros separan a Tel Aviv de Ramala. Son el mismo territorio. Sin embargo, en los mapas, Tel Aviv forma parte del país de Israel, y Ramala no tiene un país, forma parte de un territorio palestino llamado Cisjordania.*

*En los dos lugares las bombas no dejaron de caer durante el año 2007. Y ya son sesenta años sin descanso. Miles de personas*





*han muerto, miles de sueños han caído en saco roto y el odio no ha llevado a ningún pueblo a lograr la paz.*

*Los niños y niñas han sido los que más han sufrido. En Palestina un centenar de niños murieron en el año 2007 a causa del conflicto entre palestinos e israelíes.*

*Pero no sólo las bombas matan, sino que más de 10.000 niños murieron de hambre en Gaza y Cisjordania.*

*Estas son algunas de las consecuencias de una guerra que nosotros no hemos elegido. Cuando nacimos, la guerra ya estaba aquí, y pronto nos enseñaron a odiar a nuestros vecinos porque no compartían nuestra religión, porque no eran nuestro pueblo.*

*¿Cómo no podían ser nuestros hermanos si vivían en el barrio de al lado?*

*Los israelíes merecen un territorio en el que vivir, después de miles de años de sufrimiento. Pero no sería justo que fuera a costa de que los palestinos perdieran su identidad, su tierra, sus raíces. ¿Por qué no podemos compartir un territorio?*

*No queremos más bombas en nuestras casas, no queremos tener que mirar mal a otras personas por su vestido, no vamos a coger ni una sola arma más.*

*Y lo mismo queremos para nuestros hermanos y hermanas iraquíes.*

*Da igual que Internet haya aparecido en el mundo. No importa nada que desde Israel podamos hablar con China si en Palestina no pueden cruzar una alambrada.*

*No queremos que dos millones de iraquíes hayan tenido que abandonar sus casas, que miles de niños hayan tenido que abandonar sus juguetes, y que miles de niñas lloren cada noche porque nunca volverán a Irak.*

*Pero sabemos que todo eso no es fácil. Sabemos que los mayores son los que tienen que arreglarlo. Por eso, nosotras, que algún día seremos mayores queremos que nuestro mundo no viva bajo guerras que sólo matan a civiles. No queremos que nuestros hermanos lleven fusiles sino flores, como en Europa.*

*Pedimos a la ONU, y a todos los políticos del mundo, que devuelvan a casa a los más de dos millones de palestinos que viven fuera. Merecen volver a abrazar a sus familiares y reírse con sus amigos.*

*Les pedimos a los palestinos que acepten a Israel junto a ellos, que hagan una convivencia fácil y que abandonen el terrorismo.*

*Les pedimos a los israelíes que dejen de lanzar misiles contra las casas de los pobres, que permitan que Palestina vuelva a salir en los mapas y que ayuden a que avancen.*

*Además, queremos que Jerusalén vuelva a ser un lugar sagrado para las religiones del mundo. Queremos pasear por sus calles viendo mujeres con crucifijos, niñas con velos y familias con la estrella de David en su ropa.*

*Queremos que al salir de las iglesias, las mezquitas y las sinagogas no miremos al cielo con miedo, sino que miremos al cielo dándole gracias a nuestro Dios por poder caminar junto a nuestros hermanos.*

*Nosotras queremos la paz. Pero no sólo eso. Queremos ayudar a los refugiados, queremos colaborar con los niños iraquíes que sufren una guerra peor que la nuestra.*

*Por eso hemos creado un proyecto de escuela en el que la idea es que niños de diferentes religiones compartan sus estudios. Todos podrán pertenecer a la religión que quieran. Pero juntos tendrán que aprender cómo es la cultura de los demás.*

*Podrán discutir cuando no estén de acuerdo con sus ideas, pero en vez de utilizar armas, hablarán hasta alcanzar un acuerdo.*

*Esta escuela acogerá a todos los niños que han sufrido un conflicto. Pero sobre todo tendrá jóvenes que eliminarán la palabra 'guerra' de su diccionario y se convertirán en defensores de la tolerancia.*

Después de aquello hubo una lectura de otro proyecto más, el último. Hablaban dos niñas, una iraní y una iraquí, que eran primas, pero no podían verse porque sus pueblos habían estado en guerra. Pedían a la ONU que creara un puente que uniera los dos países para poder visitarse.

Pasaron unos minutos de incertidumbre, y todos esperaron a que el jurado del premio decidiera quiénes serían los ganadores. Quienes ganaran convertirían su sueño en realidad y además podrían quedarse tres noches en Jerusalén a compartir su felicidad.

Cuando la portavoz de la ONU subió al escenario con un sobre azul en la mano, Shaiel abrió mucho los ojos. Por primera vez no pidió ayuda a Yahvé. Sino que pensó, que Dios, el Dios de todos, elegiría el mejor proyecto para ayudar a las personas que lo necesitaran. No le importaba perder. Ella ya había ganado una amiga.

Por su parte, Salma, tenía ganas de llorar. Quería que su premio fuera un mundo sin bombas. Pero sobre todo quería que nadie la volviera a juzgar por su religión y estaría encantada de que todo el mundo se girara para preguntarla por sus costumbres.

Por eso cuando la portavoz de la ONU empezó a leer la historia de los ganadores, no fueron conscientes de que ellas eran las elegidas.

*Shaiel y Salma sólo tenían en común la 'S' de sus nombres, ah, y vivían bajo las bombas. Las dos han formado parte de un*





*programa de la ONU para recaudar fondos para mejorar la vida de las niñas y niños iraquíes. Y para ayudar a que los refugiados puedan volver a sus casas.*

*Tenían que crear el mejor proyecto ejemplo de la tolerancia. Y el mejor ejemplo es su trabajo. Durante unos meses intercambiaron correspondencia para elaborar la mejor idea. Pero ganaron mucho más que una idea, ganaron una amistad. Y sobre todo se demostraron a sí mismas, y con ello nos demuestran a nosotros, que la tolerancia, el respeto y las ganas por alcanzar un acuerdo son la solución a los problemas mundiales y a las guerras. La mirada de un niño, la voz de una adolescente, la historia de dos chicas diferentes puede ser mayor arma que miles de bombas. Por eso con el dinero recaudado por todos los proyectos, abriremos una escuela en Basora con el nombre ‘Salma Shaiel’, y el próximo año abriremos otra en Gaza con el nombre ‘Shaiel Salma’ porque como bien nos han enseñado ellas dos, la paz es un regalo que todos merecemos.*

En ese momento Esther empujó a su hermana para que subiera por el lado derecho del escenario, mientras Sofía secaba las lágrimas a Salma cuando ésta subía las escaleras por el lado izquierdo.

Las dos amigas se abrazaron mientras todo el mundo aplaudía. Después, las dos juntas, cogidas de la mano le dieron las gracias a la ONU y se dijeron unas palabras a los asistentes.

—Ella es mi amiga Salma, y su nombre significa ‘paz’ en árabe—dijo Shaiel presentando a su amiga.

—Ella es Shaiel, y su nombre es ‘regalo’ en hebreo —dijo Salma.

—Hoy, estamos aquí porque Dios, el dios de todos, quiere que dejemos de lanzar misiles, quiere que paremos de insultarnos y necesita

que las religiones caminen juntas de la mano. Hoy, nuestro sueño se ha cumplido un poco. Porque podremos ayudar a que los niños iraquíes dejen de pensar en la guerra —explicó Shaiel llorando.

—Con este premio no sólo se abrirá una escuela sino que con este colegio conseguiremos que en unos años los jóvenes lo único que odiarán será la guerra —dijo Salma emocionada.

—Espero viajar por el mundo y decirles a todos que ya no hay terroristas en Israel, que los refugiados han vuelto a Palestina y que Irak ve salir el sol sin tanques —siguió Shaiel.

—Yo quiero que dentro de unos años pueda viajar por Europa y enseñarles a los alumnos que en el mapa sale Palestina. Quiero tener un país, ser parte de algo. Pero sobre todo, quiero que quiten las alambradas de mi ciudad, y de todas las ciudades, y quiero pasear por Jerusalén con mi amiga Shaiel. Para ello espero que el mundo nos haga caso y nos ayude para que todo esto no sea el sueño de dos chicas. Sino que sea real. Y para eso esperamos que abran muchas escuelas ‘Shaiel Salma’ en el mundo —dijo Salma.

—¡Que la paz sea un regalo! pensaron las dos amigas mientras se abrazaban ante los fotógrafos.

El dinero iba a ayudar a los niños. Las palabras iban contra las bombas. Y ellas iban a pasar los tres mejores días de su vida en Jerusalén.

Salma sólo quiere convertirse en una buena historiadora y poder contar un día en las escuelas de todo el mundo que la guerra ya se acabó, que su territorio aparece en el mapa, se llama Palestina y convive con Israel en paz.



2.º premio

12-14 años

## LA SITUACIÓN DE LOS REFUGIADOS PALESTINOS E IRAQUÍES

Nuria Arnaiz Canora

Era otoño y estaba paseando por la plaza del pueblo cuando conocí a Said, un chico de doce años, palestino, que vino a España de casualidad. Me sorprendí mucho al verle, porque siempre sonreía a pesar de la situación que había en su pueblo:

–Hola Said –le dije

–Hola Nuria ¿qué tal? –me contestó entusiasmado.

–Bien, ¡oye!, quería saber, ¿por qué estás tan contento sabiendo lo que pasa en Palestina?

Me arrepentí mucho de habérselo preguntado, porque nada más oír aquellas palabras se le inundaron los ojos de lágrimas, me abrazó y empezó a llorar, entonces intenté disculparme:

–Lo siento, no quería hacerte daño –le dije.

–No te preocupes, no pasa nada –me contestó todavía llorando.

Entonces se despidió, y me dijo:

–Espero volver a verte pronto, gracias por todo, adios.

Le respondí con un adiós triste y melancólico, me sentía realmente mal, no quería en ningún momento haber herido sus sentimientos, sólo sentía curiosidad por la felicidad que reinaba en él, claro, que ahora me había dado cuenta que no reinaba ninguna felicidad, solo era una expresión para tapar y no sacar a la luz su tristeza.

El cielo se había nublado, hacía frío y la gente comenzaba a irse de la plaza y resguardarse en sus casas, entonces me abroché bien la cazadora, me coloqué la bufanda y me dirigí hacia mi casa, según paseaba podía ver como las cigüeñas se posaban en sus nidos y como el sol se iba escondiendo tras el mar. Cuando llegué a la puerta de mi casa saqué la llave y la abrí, pude ver como la chimenea estaba encendida y hacía una temperatura buenísima, dejé las llaves en la encimera, me quité la cazadora y me dirigí hacia la sala donde se encontraba la chimenea, allí estaba mi abuela sentada en la butaca haciendo punto. Sin decir nada me senté a su lado, después de unos minutos sin dejar de mirar las agujas me preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—No me ocurre nada —la mentí, pues estaba triste y preocupada por lo que había sucedido.

—No me mientas, se que te pasa algo —me respondió sin mirarme ni siquiera.

Suspiré y dije:

—He hecho llorar a Said, no quería hacerlo.

—¿Qué has hecho para que llorara?

—Simplementeme sorprendió verle tan contento, sabiendo todo lo que pasaba en su pueblo y le pregunté por qué estaba feliz, entonces comenzó a llorar.

—No te preocupes —me dijo—, seguro que no se ha enfadado, pero debes tener más cuidado, se que no lo hiciste a propósito, pero en

Palestina están ocurriendo cosas terribles que tu no sabes bien y sólo con hablarle de su pueblo o de su familia puedes herirle sus sentimientos. —me explicó

Le di las gracias a mi abuela por el consejo, y decidí irme a la cama, subí las escaleras despacio, pensando cómo podía disculparme y arreglar las cosas con Said, pero había un problema, tenía que informarme de la situación actual en Palestina, entonces antes de acostarme encendí el ordenador y busqué todo sobre Palestina, sólo encontraba información de los refugiados palestinos, pensé que era la más importante que ocurría en el país, en ese momento me enteré de lo que en realidad pasaba en Palestina y me di cuenta de que no era consciente de muchas cosas que ocurrían: *más de la mitad de los refugiados palestinos eran niños menores de quince años, sus familias habían nacido en campos de refugiados.*

No me dio tiempo a leer más cuando se fue la luz y el ordenador se apagó, entonces me levanté de la silla y me fui a la cama, me acosté y ni siquiera me quité la ropa de la calle, estaba preocupada, sólo con leer eso me di cuenta de que Said podía venir de una familia de refugiados palestinos, o podía incluso no tener familia, pero lo peor de todo es que seguía sin saber cómo poderme disculpar con Said, sólo con esa información no era suficiente, entonces decidí que a la mañana siguiente buscaría a Said y le diría que no tenía ni idea de lo que en realidad pasaba en Palestina, sólo era consciente de una información.

A la mañana siguiente, cuando me desperté hacía un día espectacular, el sol brillaba más que nunca, me levanté rápidamente y me dirigí al armario para vestirme, cuando me di cuenta de que ya estaba vestida desde el día anterior. Bajé a la cocina, mi abuela ya estaba allí y me había preparado un desayuno buenísimo, mientras comía mi abuela me preguntó:



–¿Vas a hablar con Said?

–Sí, quiero volver a disculparme, espero encontrarle.

Y sin contestar mi abuela salió de la cocina. Yo estaba deseando salir a la calle porque hacía un día maravilloso, me tomé mi desayuno pronto, y me dirigí a la entrada, abrí la puerta, brillaba el sol, hacía calor, entonces entré en casa y me quité la cazadora y cuando volví a salir vi una bicicleta vieja, y estropeada que venía en mi dirección, empecé a ponerme nerviosa porque era Said que venía a verme, y no sabía qué le iba a decir, no había podido informarme más desde la noche pasada, cuando llegó a mi lado me dijo:

–Hola.

–Hola, contesté.

–Venía a disculparme porque ayer me fui muy deprisa, casi sin despedirme –me dijo.

–No te preocupes, en realidad me tengo que disculpar yo.

–No pasa nada, es normal que me preguntaras eso.

No sabía qué contestar, me quedé callada, entonces me dijo:

–¿Tienes bicicleta?

–Sí, claro –le contesté

–¿Te vienes a dar una vuelta? –me preguntó.

–Sí, pero me gustaría que me contaras lo que pasa en Palestina, así podría entender tus sentimientos.

–Lo intentará, espero que sea capaz de explicártelo.

Me dirigí al garaje, ya estaba mucho más tranquila, cogí la bicicleta y comenzamos el paseo. Cuando llegamos a la plaza del pueblo aparcamos las bicicletas y nos sentamos en un banco, sin decirle una palabra comenzó a explicarme:

–Vivir en Palestina es muy difícil, yo nací en un campo de refugiados palestinos, mi familia también, aunque ahora no sé si tengo familia,





cuando vine a España mi abuela estaba muy enferma, mi padre acababa de fallecer y sólo quedaba con algo de salud mi madre. Cuando acabó la guerra había entre 550.000 y 600.000 refugiados palestinos.

Estaba muy impresionada, la cifra era estremecedora, siguió explicando:

–Más de medio siglo después, hacía junio del 2000, había 3.750.000 refugiados palestinos, éstos carecen de las necesidades humanas básicas, tienen prohibido trabajar en 70 profesiones y sólo pueden trabajar en trabajos baratos con los salarios mínimos, sin ninguna clase de seguridad social, tampoco tienen derecho a poseer o heredar propiedades. Pero lo peor es que no sólo Palestina está así, otros pueblos también como Iraq, los refugiados iraquíes están en una situación muy parecida.

Me quedé muy impresionada, entonces dije:

–Gracias por explicármelo, ahora entiendo por qué lloraste, lo siento por lo de tu padre y tu abuela.

–Gracias –me dijo.

–¿y cómo llegaste a España? –le pregunté todavía perpleja.

–Llegué escondido en el maletero de un autocar, fueron muchos kilómetros, realmente no sabía dónde iba a parar ese autocar. Allí no podía hacer nada, entonces decidí viajar para buscar otro lugar mejor y poder trabajar –me explicó.

–¿Y tu familia, sabía que te venías?

–Sabían que algún día me iría, pero no sabían cuando lo haría, esa noche en la que me escondí en el maletero del autocar, fue muy dura, dejaba a mi familia, a mis amigos que también estaba refugiados allí, dejaba el lugar que me había visto nacer.

Aquello que me contaba era entristecedor, tras un suspiro y agachando la cabeza, dijo:

–Fue muy difícil.

–¿Y con quién vives ahora? –le pregunté.

–Vivo con un señor de 80 años, él necesita ayuda, y yo necesito un hogar, creo que nos podemos ayudar mutuamente.

Tras un buen rato hablando de cómo había conocido a aquel señor, se hacía de noche y debíamos irnos a casa.

–Creo que debemos irnos, es muy tarde –comentó.

–Ah..., sí claro.

–¿Quieres que quedemos mañana, para dar un paseo?

–Por supuesto, ¿a qué hora?

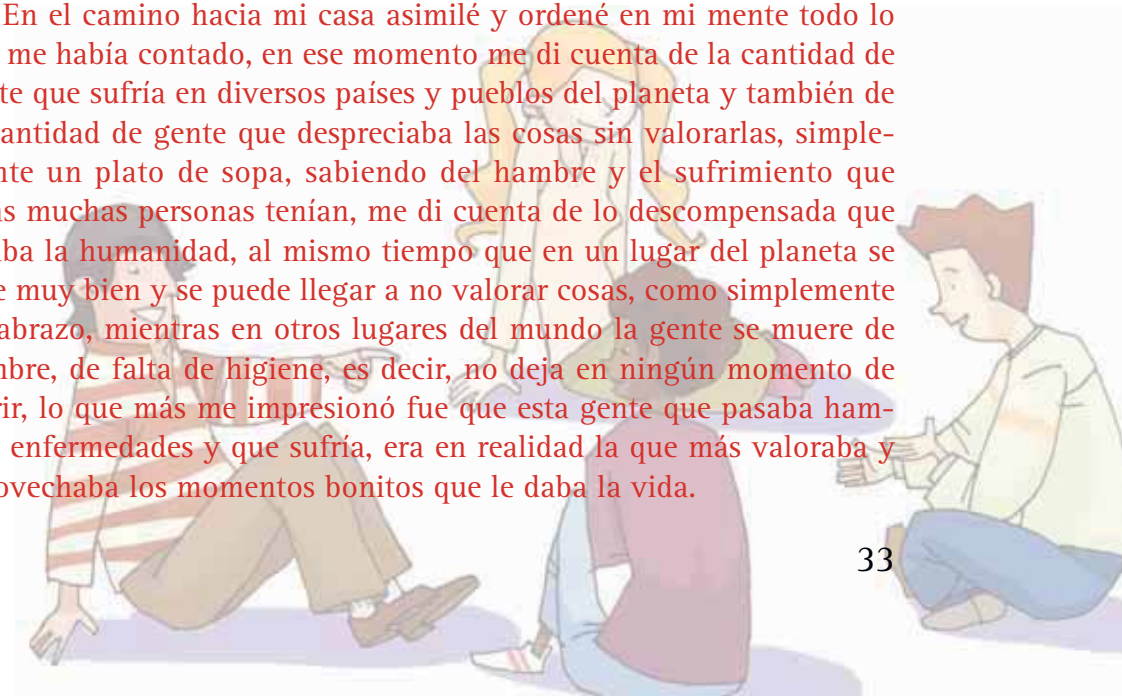
–A la una del mediodía ¿te parece bien? –me dijo

–Sí, me parece bien, hasta mañana.

–Hasta mañana.

En ese momento me di cuenta de que Said confiaba en mí, y necesitaba contarme todo lo que pasaba en Palestina para desahogarse, me sentí contenta de poder ser su amiga.

En el camino hacia mi casa asimilé y ordené en mi mente todo lo que me había contado, en ese momento me di cuenta de la cantidad de gente que sufría en diversos países y pueblos del planeta y también de la cantidad de gente que despreciaba las cosas sin valorarlas, simplemente un plato de sopa, sabiendo del hambre y el sufrimiento que otras muchas personas tenían, me di cuenta de lo descompensada que estaba la humanidad, al mismo tiempo que en un lugar del planeta se vive muy bien y se puede llegar a no valorar cosas, como simplemente un abrazo, mientras en otros lugares del mundo la gente se muere de hambre, de falta de higiene, es decir, no deja en ningún momento de sufrir, lo que más me impresionó fue que esta gente que pasaba hambre, enfermedades y que sufría, era en realidad la que más valoraba y aprovechaba los momentos bonitos que le daba la vida.



Cuando llegué a mi casa, la cena estaba ya preparada, y estaban todos sentados a la mesa, no me había dado cuenta de la hora, era demasiado tarde:

—¿Dónde has estado? —me preguntó mi padre un poco enfadado. No sabía qué contestar, entonces mi abuela dijo:

—Seguramente que ha estado con sus amigos ¡dejar a la muchacha!

Me salvó de una buena explicación y me guió un ojo. Sin cenar me subí a la habitación, no tenía hambre, me puse el pijama y me eché en la cama, enseguida me dormí.

Eran las doce del mediodía cuando me desperté, me levanté deprisa y bajé a la cocina, bebí un vaso de leche fría y volví a subir para ducharme, cuando estaba preparada salí corriendo a la calle, ya venía Said con la bicicleta en mi dirección, cogí la mía.

A partir de ese momento Said y yo fuimos muy buenos amigos, yo sabía que él nunca me fallaría al igual que yo a él. Él consiguió un buen trabajo y pudo traer a su madre a España, ya que su abuela falleció. Por supuesto me contó muchas cosas más de Palestina y hoy en día estamos trabajando juntos en una ONG para todos los refugiados del planeta.



**2.º premio bis**  
**12-14 años**

## POR UN TOBOGÁN DE CENTRAL PARK

Blanca Squarzanti López

La vieja carretera de tierra serpenteaba hasta perderse en un horizonte infranqueable, sumido en la oscuridad. Las primeras estrellas habían aparecido en el cielo y el polvo flotaba en el aire.

Ahmed se encontraba sentado jugueteando con las piedras del suelo. Al ocultarse el sol había comenzado a refrescar. Tiritó. De repente un tirón de pelo le sacó de su ensimismamiento.

–¡Ayy! Jamude, ya te vale, me has hecho daño.

La pequeña rió y anduvo torpemente hasta caer de culo sobre el polvo del camino.

Su hermano la contempló durante unos momentos. Era una niña preciosa. Tenía unos enormes ojos negros y el pelo corto y oscuro. Lo llevaba muy despeinado y parecía que cada mechón quería irse para un lado distinto. Iba descalza y casi desnuda, llevaba un viejo pañal de trapo ya que todavía era muy pequeña. Tenía la cara y el cuerpo sucio, cubierto de polvo. Apenas contaba un año.

Ahmed tenía los ojos verdes y una extraordinaria madurez para su corta edad. Con tan solo cinco años había aprendido a cuidar de su hermana y a ayudar a su madre, ahora que su padre no estaba allí.



Pero también había asumido que el mundo era injusto, y asumir eso con cinco años es algo bastante triste. Cogió en brazos a Jamude y caminó hacia su casa, si es que se le podía llamar así a la improvisada chabola donde hacían su vida.

El interior de la casa era oscuro pues no había ventanas. El suelo de tierra estaba recubierto de cartones y una vieja caja de madera hacía las veces de mesita. También había dos jergones que utilizan para dormir: Jamude dormía con su madre y Ahmed, que era el hombrerito de la casa, dormía solo.

—Hola, madre —saludó Ahmed—. Ya volvimos de la calle.

Ésta le dedicó una sonrisa mientras pelaba una patata y la echaba a la sopa, aquel día podrían cenar.

Yamina era joven, la casaron a los 15 años y tuvo a los niños a muy temprana edad. Su vida había sido desgraciada y más cuando su marido murió y tuvo que sacar adelante a los niños ella sola. Aun así, era una mujer fuerte y muy valiente.

Después de la escasa cena, llegó la hora de dormir.

Yamina le cantó una canción de cuna a Jamude, se acostaron y al poco rato estuvieron profundamente dormidas.

Sin embargo Ahmed no podía conciliar el sueño aquella noche. Su mirada se perdió en la oscuridad unos segundos. Después comenzó a jugar con unos cartones del suelo. Se sobresaltó. Al levantar un cartón mientras jugaba, había escuchado unas risas infantiles.

Intentando tranquilizarse, volvió a levantarlo y oyó las mismas risas. Lo colocó donde estaba con la intención de no interrumpir el sueño de su hermana y su madre. Pero la respiración de éstas sonaba lenta y acompasada, como si nada pudiera despertarlas, lo que le dio confianza para levantar el cartón por tercera vez. Pegó la oreja y entonces se dio cuenta de que no sólo eran risas lo que oía. Los pája-





ros cantaban. Se oía a muchos niños hablar y gritar en un idioma desconocido, que inexplicablemente entendía. Las madres les llamaban a veces para darles la merienda y les regañaban por coger cosas del suelo. Incrédulo, Ahmed miró el lugar de donde procedía aquel escándalo, pero sólo vio negrura infinita. Sabía que aquello era una locura, pero tenía que intentarlo. Se puso de pie, tomó impulso y saltó hacia la oscuridad. Era consciente del daño que se haría al chocar contra el suelo, sin embargo, no fue eso lo que ocurrió.

Durante unos segundos estuvo viajando entre las tinieblas. Tuvo la sensación de dividirse en millones de átomos, y a la vez de ser todo el universo. Experimentó agradables sensaciones, desconocidas por el hombre e imposibles de describir, y de repente se le antojó que bajaba por un tobogán, hasta que sus pequeños pies tocaron la arena. Abrió los ojos, y tardó un rato en ver lo que sucedía a su alrededor. Muchos niños le rodeaban, mudos de asombro. Tararon un rato en reaccionar, pero por fin el que parecía el más lanzado (un pelirrojo bastante peco-so y rellenito), se atrevió a preguntar:

—¿Cómo te llamas?... Y ¿por qué vas así vestido?, nunca te habíamos visto por aquí, ¿de dónde has salido?

Ahmed tardó unos instantes en reaccionar. Miró a su alrededor, se encontraba en un parque infantil. Los niños jugaban en columpios y se tiraban por los toboganes. Alrededor del parque se extendía una brillante extensión de césped. Las parejas paseaban de la mano. También había personas dormitando o leyendo, tumbados en la hierba. El sol brillaba sobre las copas de los árboles. Más allá, altos edificios se recortaban contra el azul del cielo y los coches recorrían las calles abarrotadas de gente.

—Me llamo Ahmed —respondió, soy de una aldea de Líbano. La verdad es que ni siquiera yo sé muy bien por qué estoy aquí.

Una de las madres de los niños se había acercado. Tenía el pelo marrón ondulado, llevaba tacones e iba bastante maquillada.

—Tranquilos todos dijo dulcemente la mujer —este pequeñín está un poco desorientado, pero nada más. Ver, es probable que te hayas dado un golpe y perdido la memoria. Te llevaré al hospital y después trataremos de localizar a tus padres.

Ahmed obedeció sin resistencia.

—Y tu Jack, ven también, no quiero dejarte solo aquí.

El niño pelirrojo siguió a su madre refunfuñando. Quería quedarse con sus amigos en el parque.

La primera vez que Ahmed montó en coche fue junto a Jack y su madre Sally, había visto furgonetas antes pero nunca había subido a una. Le pareció muy divertida la idea de montarse en el vehículo y que éste te llevara a tu destino sin esfuerzo. «Si tuviéramos un coche», pensó, «nos sería mucho más fácil ir a recoger agua allí en la aldea, incluso tendríamos tiempo de ir a la escuela».

Pero para Ahmed las sorpresas sólo acababan de empezar. Cuando llegó al hospital se dio cuenta de la cantidad de gente que sobreviviría a los bombardeos en su tierra si hubiera un sitio igual para curar a las personas, en lugar de la pobre tienda de campaña de los médicos voluntarios.

Según el doctor, Ahmed no había sufrido ningún golpe en la cabeza, de hecho todas aquellas historias extrañas que contaba sobre su aldea, el agua, la guerra y los coches debían ser producto de algún trauma psicológico.

A la salida, Sally les compró un helado. A pesar de esto, Jack seguía enfurruñado. Ahmed nunca había probado algo así de delicioso, y se emocionó tanto que acabó de cabeza en la ducha de aquella familia tan simpática. Cuando por fin estuvo aseado (muy a pesar,

pues no entendía que se malgastara el agua limpia de esa manera), y vestido con ropa de Jack, se dispusieron a cenar. Sally estaba poniendo la mesa, cuando llegó Bernard del trabajo.

—¿Dónde está mi campeón? —gritó desde el vestíbulo y corrió hasta el comedor. De repente, muy sorprendido, miró a Ahmed y le lanzó una mirada inquisitiva a Sally, pretendiendo no ser grosero con el niño que allí se encontraba, ésta respondió:

—Se llama Ahmed y es nuestro nuevo amiguito, ¿verdad?

Acto seguido desaparecieron los dos por la puerta de la cocina y empezaron a cuchichear. Cuando le contó la historia a Bernard éste se compadeció del niño y salió dispuesto a jugar un rato con los dos pequeños. Sin embargo al salir al comedor sólo estaba Jack muy asustado.

—¡Ha salido corriendo, se ha marchado! Ha dicho algo de su madre y de su hermana.

—¡Oh, dios mío! Tenemos que llamar a la policía, rápido —gritó Sally.

En menos de media hora, los agentes estaban rastreando todos los barrios de Nueva York, sin embargo, no encontraron a aquel niño de tez morena que indicaban las descripciones, ya que hacía rato que el pequeño se había tirado por un tobogán de Central Park, y ahora contemplaba el amanecer en Líbano.

Ahmed estaba convencido de que no había sido un sueño y aquel día iba saltando de contento por el camino que les llevaba a él y a su hermana al pozo de agua potable. «He encontrado la puerta que conduce al paraíso», se decía, «y hoy por la noche volveré».

El resto del día se le hizo eterno esperando la llegada de la noche. Contempló feliz como el sol se ponía en el horizonte. Aquel día no pudieron cenar, pero a Ahmed no le importaba, porque cuando traspasa-





sara el agujero oscuro se comería el helado más grande que hubiera.

Por fin oyó a su hermana a y a su madre respirar tranquilas, como en sueños, y por fin pudo saltar hacia las tinieblas.

Sally lloró de alegría cuando vio al pequeño de ojos verdes aparecer por el tobogán. Aquel día también fue estupendo. Bernard tenía el día libre y fueron juntos al zoo. Ahmed se lo pasó tan bien que sintió mucha lástima de tener que marcharse a la misma hora del día anterior.

Sin embargo, esta segunda desaparición no preocupó a la familia tanto como la anterior, pues todos tenían el presentimiento de que al día siguiente, a las cinco de la tarde, volvería a aparecer por el tobogán. De hecho, le estuvieron esperando. Cuando apareció lo hizo con una niña pequeña entre sus brazos. Tenía el pelo negro y despeluchado. En su sucia cara se dibujaba una sonrisa.

Ahmed se había dado cuenta de que para que en aquel sitio fuera feliz del todo necesitaba a su hermanita. Aunque le había costado trabajo cogerla sin que llorara y sin que su madre se diera cuenta, lo había conseguido y allí estaba, en el final del tobogán con sus amigos Jack, Sally y Bernard esperándole ilusionados.

Las semanas siguientes las pasaron así, yendo y viniendo los dos y quizás fueran las mejores de sus vidas.

Un día Ahmed se puso muy triste, porque vio su tierra por televisión. Vio que la gente sufría mucho y deseó que todos los lugares del mundo fueran tan bonitos y tan felices como aquella ciudad.

Una cálida noche de verano, sucedió que Ahmed no quiso despertar a su hermana, ya que ésta dormía tranquilamente, decidió dejarla descansar y marchar sólo a aquel lugar que tanto le gustaba.

Aquella tarde fue una de las más divertidas. Jack le presentó a muchos de sus amigos del parque, que le parecieron muy simpáticos.

Después Sally les compró un delicioso helado y disfrutaron de un tióvivo que habían instalado por allí. Montaron también en las bacas del lago. Ahmed tuvo la idea de llenar allí botellas de agua para llevarlas a su aldea, pero Sally le explicó que no podía hacerlo porque esa agua estaba allí con el fin de decorar y no de bebérsela.

Mientras la barca se balanceaba suavemente, Ahmed empezó a plantearse preguntas.

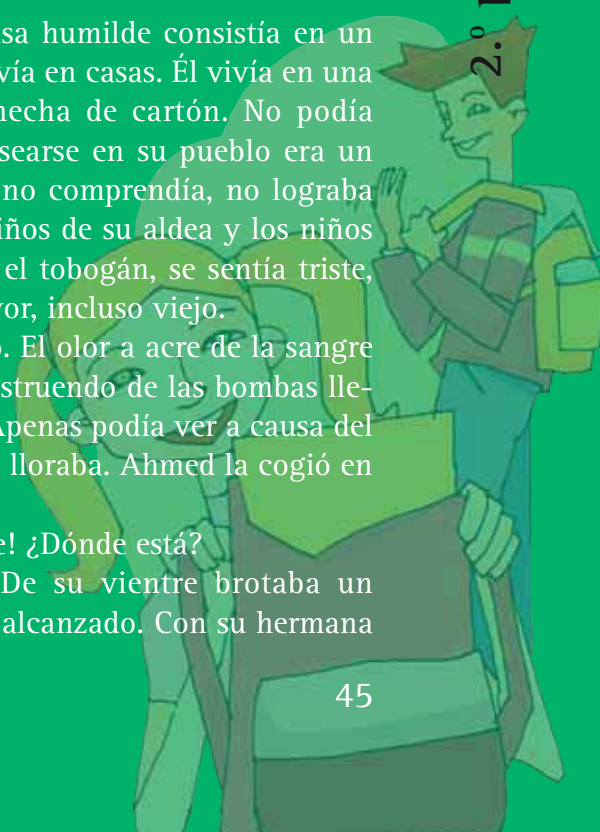
—¿Por qué en su pueblo ni tenían agua para beber y allí tenían tanta que hasta servía para decorar? ¿Por qué allí los niños se quejaban de tener que ir a la escuela mientras que en su tierra no podían ni soñar con aprender a leer, a escribir y a contar? ¿Y por qué, a veces, en su casa no podían ni comer y allí en las papeleras rebosaban restos de comida?

En aquel lugar el concepto de una casa humilde consistía en un pequeño piso. Por lo menos allí la gente vivía en casas. Él vivía en una chabola sin ventanas ni muebles, casi hecha de cartón. No podía ducharse, porque emplear el agua para asearse en su pueblo era un derroche ¿por qué allí no lo era? Ahmed no comprendía, no lograba entender cuál era la diferencia entre los niños de su aldea y los niños del parque. Aquel día, cuando se tiró por el tobogán, se sentía triste, una tristeza que la hacía sentirse muy mayor, incluso viejo.

El cielo estaba iluminado cuando llegó. El olor a acre de la sangre lo golpeó cuando salió por el agujero. El estruendo de las bombas llenaba la aldea. El polvo flotaba en el aire. Apenas podía ver a causa del humo. Asustado, buscó a su hermana. Ésta lloraba. Ahmed la cogió en brazos.

—¡Madre! —gritó desesperado—. ¡Madre! ¿Dónde está?

Yamina yacía tendida en el suelo. De su vientre brotaba un manantial de sangre. Una bomba la había alcanzado. Con su hermana





en brazos, Ahmed se abrió paso dificultosamente hacia ella. Desesperado, presintiendo que su madre iba a morir, gritó pidiendo ayuda. Ojalá allí hubiera un hospital como el de Nueva York. De repente el rostro de Ahmed se iluminó. Se le acababa de ocurrir una idea. Le tendió la mano a Yamina.

–Madre –dijo excitado. –Vamos, levántate. Conozco un lugar donde pueden curarte.

Mientras la ayudaba a incorporarse, siguió hablando para darle ánimos.

–En este lugar que te digo hay mucha comida y agua. Hay casas muy bonitas y conozco a unos amigos que pueden ayudarnos.

Andando lentamente se dirigieron al agujero, mientras Ahmed seguía hablando.

–Podremos ir a la escuela. Tú podrás trabajar y ganar dinero.

Habían llegado, Ahmed levantó los cartones del suelo. Miró a su alrededor por última vez antes de sumergirse en su nueva vida. La aldea entera se consumía entre las llamas. La sangre y los cadáveres llenaban el suelo. Se escuchaban gritos. La gente corría de un lado a otro, presa del miedo.

Ahmed comprendió que no había más tiempo que perder. Contó hasta tres y así fue como se perdieron abrazados en la oscuridad, y se alejaron de la aldea para siempre.

No sabía muy bien lo que les esperaba, cómo reaccionaría al verle aparecer con su madre, y herida, pero tenía la certeza de que sería mejor que lo que dejaba atrás.

**1.º premio**

**15-18 años**

## TANTOS SUEÑOS POR CUMPLIR

Cristina Reinoso Albarrán

Era mi primer día de escuela, estaba contento porque todos mis hermanos habían ido a la escuela, y yo siempre le preguntaba a mamá cuándo podría ir yo, mamá me contestaba que no debía tener prisa, cada cosa a su tiempo, solía repetir. Yo quería mucho a mamá, siempre estaba con ella, y cuando en medio de la noche me despertaban los tiroteos, ella siempre venía me consolaba y me abrazaba tan fuerte que hasta me hacía daño, pero yo nunca le decía nada, creo que en realidad le daba tanto miedo como a mí, quizás fuera porque sonó algo parecido cuando papá se cayó al suelo y ya no lo vi levantarse, no he vuelto a ver a papá, mamá dice que lo veré más, y aprieta la mandíbula y le brillan los ojos cuando le pregunto por él.

Papá era muy bueno conmigo, un día me llevó a dar una vuelta por la ciudad, cosa que mamá nunca hacía, con ella siempre iba al mercado. Pero con papá andaba tranquilamente por las calles estrechas, yo siempre miraba a papá deseando ser como él, papá era muy alto, y cuando sonreía parecía que nada malo pudiera ocurrir, papá siempre me daba la mano, tenía una mano grande y fuerte.



Papá nunca me pegó, no como a Asur, mi amigo y vecino, una vez la familia de Asur estaba en el mercado, cuando unos soldados vinieron y pegaron al papá de Asur, mientras otros reían y le llamaban “palestino de mierda”, la mamá de Asur lloraba en silencio, sin poder hacer nada, y cuando Asur pensaba en su padre, decía que era un cobarde, por eso cuando el papá de Asur lo mandó a por agua él dijo que no quería, y cuando le obligó, Asur llamó a su papá “palestino de mierda”, cuando el papá de Asur lo oyó se enfureció tanto que le pegó, y al día siguiente Asur tenía un ojo morado, Asur no se lo volvió a llamar, pero él ya no quiere a su papá tanto como yo al mío.

Aquella mañana salí de casa contento, pero por primera vez iba con Asur, mi amigo, y con mi hermano mayor Munir, sin mamá, porque según me dijo ella ya era suficientemente mayor, además sólo tenía que ir con Munir, siempre que fuera con él no pasaría nada.

Caminamos los tres hacia la escuela, estaba más lejos de lo que yo pensaba, y por un momento pensé que nos habíamos perdido, porque girábamos en todas las esquinas, pero Munir venía a ella desde hace un año, y al fin llegamos, quizás sería porque llevaba queriendo ir a ella desde siempre, y de tanto pensar en ella creí que iba a ser perfecta, pero cuando la vi me decepcionó aquello era un edificio destartalado, con sólo dos clases y unas cuantas mesas y sillas, ni siquiera tenía una puerta principal, porque la habían destruido las bombas y no había dinero para ponerla nueva. Cuando entré en clase la profesora me dijo que no tuviera miedo, que pasara y me sentara. Yo no tenía miedo, pero así interpretó la profe mi cara de sorpresa, o mejor dicho mi decepción.

Cuando entré en la clase me fijé en que era grande, y tenía sillas de sobra, y en primera fila, lo que me sorprendió, pero preferí no sentarme en ellas y me senté atrás, al lado de Asur. Munir ya no estaba



conmigo, porque aunque en mi clase había niños menores y mayores que yo los que tenían más de diez años iban a la otra clase. La profesora me dijo que se llamaba Kifah, y que ella me iba a enseñar todas las mañanas, después empezó a hablar de lo importante que es ir a la escuela, supuse que sería porque algunos niños viven lejos, y no tienen un hermano mayor como Munir que les acompañe a la escuela, y como su madre o su padre no pueden llevarlos no van a la escuela, y Kifah quería que todos los niños supiesen por lo menos leer y escribir. Yo sabía leer y escribir, porque me había enseñado Munir, después de mucho insistir, porque él siempre decía que aprendiera cosas más útiles como trabajar. Kifah siempre sonreía, y nos empezó a explicar la suma y la resta, lo cual no tenía ni pizca de gracia.

Después vino el recreo, primero Asur y yo jugamos al escondite, y después nos sentamos a hablar, y le pregunté por qué no nos poníamos delante, donde se veía mucho mejor, entonces Asur me explicó que nunca me debía poner delante, o en los otros huecos que siempre estaban vacíos porque me podía pasar algo malo, como a los otros niños. Yo pregunté a Asur qué otros niños, y dijo que a veces sonaba una sirena y nos teníamos que tirar al suelo hasta que Kifah nos dijera que nos podíamos levantar, y que un día la sirena no sonó y un niño de la primera fila cayó al suelo en un charco de sangre, se llevaron al niño y no le volvieron a ver. Asur creía que esto había ocurrido con otros niños que se sentaban en las sillas vacías que nunca se volverían a ocupar.

La sirena sonó, al principio me asusté, y casi me tiro al suelo temiendo que fuera la sirena de la cual me había hablado Asur, pero rápidamente él me indicó que aquella era la que nos indicaba el comienzo de las clases otra vez. Las siguientes horas Kifah ayudó con algunas cuentas. Yo estaba emocionado porque siempre había querido

ir a la escuela, aprender en cada momento algo nuevo para poder ser profesor, porque yo quería que todo el mundo pudiera aprender, y si hacía falta iría casa por casa enseñando a los niños. La sirena que indicaba el final de las clases sonó, separándome de mis pensamientos y haciéndome volver a la realidad. La profesora nos dijo que copiáramos unas cuentas escritas en la pizarra y las intentáramos resolver, yo las copié en el cuaderno que me había dado la profe como regalo de bienvenida.

Asur y yo esperamos a Munir en la salida, esperamos más de media hora, pero Munir no aparecía, entonces Asur dijo que él sabía volver a casa así que comenzamos a andar por donde habíamos venido, yo seguía a Asur porque no me acordaba del camino. De repente giramos en una esquina y vimos un grupo de soldados, yo me quedé paralizado, Asur me tiraba del brazo y al ver que yo no reaccionaba echó a correr, el más alto de los soldados me miró y se acercó a mí. Los otros soldados estaba ya mirándome y cuando el alto gritó a sus compañeros —¿dónde irá este crío por aquí solo?— los demás empezaron a reír y el soldado alto me lanzó un manotazo que me hizo caer al suelo, entonces detrás de los soldados empezaron a sonar tiroteos, en ese momento pararon las risas. Me intenté levantar rápidamente y salí corriendo, pero un ruido sordo demasiado cerca de mí me detuvo, sentí un dolor agudo en el estómago, me toqué porque sentí calor, al mirarme la mano vi la mancha roja que tenía mi chaqueta. El dolor se hizo insoportable y ya no veía a los soldados, sino manchas que me daban la espalda, nadie parecía verme, eso fue lo último que recuerdo.

Mi primera sensación fue un agudo dolor de estómago, al abrir los ojos no distinguí ninguna figura pero al poco tiempo vi una cara conocida, era mamá, me envolvió una cálida sensación de protección al verla, pensé que nada malo podía ya ocurrir, miré a mi alrededor,



mamá tenía una cara de preocupación que no podía ocultar a pesar de sonreír forzosamente. Además le brillaban los ojos como cuando yo le preguntaba por papá. Munir no se encontraba en la habitación, sólo estaba mamá y un señor desconocido con una bata blanca hablaba con ella. Unos minutos después el señor u mamá se acercaron a mi cama, mamá me explicó que en un ataque de la milicia una bala me alcanzó en el estómago y una mujer que vivía cerca del lugar del tiroteo me había llevado a casa, y de allí habíamos venido al hospital. Entonces habló el señor de la bata blanca, él me dijo que se podría curar, pero que allí no disponían de suficientes medios ni medicamentos por su alto precio, y además la frontera estaba cerrada. En ese momento mamá rompió a llorar, entonces el médico nos dejó a solas y, como cuando había un bombardeo, mamá me abrazó tan fuerte que creí que me rompería. Así nos dormimos, abrazados.

Al día siguiente, al despertarme mamá no estaba, entonces vi sobre la mesa el cuaderno que me había regalado Kifah, y sentí miedo, miedo a que muriera y nadie me recordara, no era justo, no había tenido tiempo de poder cumplir mis sueños, entonces sentí el deber de escribir lo que me había sucedido, para que la gente supiera mi historia, para que cuando a algún niño le ocurriera lo que me había ocurrido a mí se sintiera comprendido, y no solo, que era como me sentía yo. Cogí el cuaderno y comencé a escribir, como Munir me había enseñado.

Ahora estoy aquí, con mamá, ella no quiere contestar a las preguntas que le hago sobre Munir, no sé si Munir se avergüenza de haberme dejado solo, o si le ha pasado algo, de todas formas, cuando muera quiero que Munir sepa que le perdono, que no fue su culpa y que le quiero.

Ahora mamá canta, el estómago ya no me duele, pero me encuentro agotado, mamá canta tan bien, es la nana que me cantaba para dormirme cuando era pequeño, creo que dormiré un poco.





**2.º premio**  
**15-18 años**

## LOS OTROS REFUGIADOS

Alberto Cabañas Cob

No hace muchas horas que los rayos del sol han atravesado inmisericordes la manta de nubes bajo la que dormía la ciudad de Londres. Algunos aventureros ya se han lanzado con sus coches a la jungla de asfalto e irónicamente vagan solos por el laberinto gris de la City. La mayoría despega sus párpados a ambos lados del corazón de la ciudad y empieza un día más en otra metrópolis más del mundo occidental: desayunos rápidos, túneles sucios, rayos mortecinos y carreras, muchas carreras. Todos los niños se agolpan en las verjas de los colegios desperdigados en el callejero y los padres acuden raudos desde allí a sus oficinas, o a sus tiendas, o a sus aulas. Y todo es perfectamente normal. Todos lo aceptan y lo celebran cuando salen. Pero no todos son de allí. Para muchos su pensamiento está a millas de allí, en tierras muy diferentes a aquellas: en ciudades aún más sucias, en corredores de arena, en rebaños mansos, en miradas graves, en calores gélidos.

Mâred Nassif es una de esas personas. Esta mañana se ha levantado de la chirriante cama de su apartamento en el East London. Se ha sumergido bajo el agua cruel de la bañera y se ha enfundado su camisa. Ha llegado a la cocina y ha mirado dos rebanadas de pan tostado con melancolía. La mantequilla ha capitulado ante ellas y el café ha

bajado a golpes secos y furiosos por su garganta. Abstraído ha salido a la calle y se ha deslizado entre las puertas de su Volkswagen. Inercialmente ha pisado el acelerador y ha llegado como ensoñado al sur de Candem donde ha sido recibido en Birkbeck College por el flamante blasón de la Universidad de Londres mientras baja de su carroza.

Mâred era profesor de Historia Antigua de Iraq en la Universidad de Dahuk. Luchó activamente contra el régimen de Saddam Hussein, denunciándolo internacionalmente en muchos países occidentales. Por ello se le prohibió la salida del país un año antes de la intervención de los Estados Unidos en Iraq. Durante ese año condenó los planes de guerra que el presidente estadounidense anunciaba. Tras la guerra se vio inmerso en fuego cruzado: Para los leales a Hussein la gente como él había llevado a los occidentales hasta allí. Para los americanos Nassif era un alborotador, el culpable de la hostilidad de los iraquíes hacia ellos. Cómo saber que ellos solos se la habían granjeado. En cualquier caso, la presión a la que se vio sometido Nassif le obligó a huir de su propia tierra. Él, que nunca había dejado la arena caliente de Arabia, fue colocado a presión y sin intención en el ajetreado ritmo de la capital de Reino Unido. Tuvo suerte, o eso le dijeron, porque encontró un puesto de profesor de Arte Mesopotámico en la Universidad de Londres. Ahora está allí, viendo pasar los días sin ánimo ni espíritu, maldiciendo el día en que los soldados extranjeros entraron en su país. Día a día, gota a gota, viendo como su impulso es minado por el frenético movimiento de su nuevo hogar.

Mientras enfila el camino hacia la facultad el sol revela desgarradores datos a los transeúntes que se cruzan con él. Enjuto, sus pasos desgarrados y bruscos amenazan sus alrededores. Su mirada negra se pierde en algún lugar entre su destino y su pasado y boquea insistentemente como el pez recién atrapado por la red. Su piel, hace mucho

morena y tersa, se muestra hoy ceniza y maltratada por el humo, el sol y el aire de la ciudad.

Se arrastra más que anda hacia su aula. Es una clase pequeña en una esquina del edificio. Empuja con fuerza y sin resultado la puerta de madera y entra deslumbrantemente destrozado ante la concurrencia. Sus alumnos no se extrañan por el deteriorado aspecto de Mâred. Es extraño en la tierra. Lo fue desde el principio. Es buen profesor, paciente y sabio, pero es ajeno a su lugar. Los alumnos lo compadecen, y lo miran con una cierta animadversión, pues es el reflejo viviente de la actuación de su país en el vasto mundo. Lo ven como el ingeniero ve a los obreros muertos, como el profesor ve al alumno fracasado. Como el desecho feo y distorsionado de la madre patria.

Mâred desliza suavemente su carpeta por la mesa y mira grave y profundamente a sus alumnos.

—Buenos días. Hoy nos toca hablar de una de las manifestaciones artísticas sin duda más interesantes de la antigua Mesopotamia. Las estatuas de Gudea, gobernador de Lagash.

Visiblemente más despierto hurga en un cajón de su mesa y saca, como la comadrona saca a una nueva criatura, una pequeña estatua marrón, cobriza de un hombrecillo sentado, vestido con una túnica y con las manos sobre su regazo, coronado por un extraño gorro cilíndrico, achatado.

—Lógicamente esto es sólo una reproducción. El original de esta estatua se halla en el Museo del Louvre, en París. —explica Mâred— Es una estatua de 45 centímetros de altura y está tallada en diorita. De este patesi o gobernador se conservan más de treinta estatuas. Curiosamente, todas ellas talladas en rocas volcánicas, bien en diorita, como ésta misma o en dolerita. ¿Alguien podría decirme cuál era la situación de la ciudad de Lagash durante el reinado de Gudea?

Un joven de la primera fila levanta entusiasta la mano. Curiosamente nadie más levanta la mano. Los demás parecen distraídos e incluso algunos temerosos.

—¿Sí?

—Lagash se encontraba entonces bajo el poder del resto de ciudades sumerias, especialmente Ur y Ur-Gur. Sin embargo en esta época Lagash alcanzó una gran prosperidad y desarrollo artístico bajo el reinado de Gudea: se construyeron templos, palacios, numerosas estatuas suyas, la estela de los buitres, un vaso de plata con el escudo de Lagash... —relata entusiasmado el joven.

—Gracias Smithson. ¿Nada más? —espera unos segundos sin respuesta— ¿Nadie recuerda nada más?

Los alumnos definitivamente rehúyen a Mâred. Nadie responde aunque muchos saben la respuesta. Por alguna razón hoy el profesor exuda un aura depresiva más aguda que ningún otro día.

—El comercio. —deja escapar tristemente— Según los registros de Lagash, Gudea compró cedros de las montañas del Amanus y del Líbano en Siria, diorita de Arabia occidental, cobre y oro de Arabia meridional y central y del Sinaí. Lagash vivió un período de paz y prosperidad bajo el dominio del rey de Ur-Gur y florecieron el arte y el comercio.

Mâred habla entonces durante dos horas sobre Lagash, sobre las inscripciones cuneiformes en las estatuas del viejo Gudea. Se suceden los nombres, las historias, las localizaciones. Finalmente llega el mediodía y los alumnos marchan silenciosos por la salida mientras el profesor coloca las estatuas de roca volcánica en su lugar. El joven Smithson se rezaga y posa su mirada curiosa sobre Mâred.

—Profesor Nassif, ¿por qué tantas estatuas de Gudea se encuentran repartidas desde Europa hasta América?

—¿Por qué, Smithson? Porque su país y otros tantos han dilapidado mi tierra. La han estudiado y han socavado con sus garras la tierra hasta desenterrar su historia y se la han llevado a su hogar, como un ladrón de almas.

—Me parece injusto que culpe al país de la decisión de unos pocos, profesor Nassif. Yo sólo quería decir que...

—Sé lo que quieres decir. Probablemente lleves razón, pero yo sólo sé que llevo dos años lejos del desierto. No puedo volver. No estaba a gusto antes pero cuando su país ha entrado yo he tenido que marcharme. Tal vez vosotros, jóvenes, podréis cambiar eso en el futuro. Rezo por ello. Ahora márchate, Smithson. Creo recordar que tienes cosas que hacer.

—Claro, profesor Nassif. Que tenga un buen día, profesor.

El joven corre hacia la puerta y accidentalmente choca con alguien.

—Perdone, profesor Huggins.

—No es nada, Smithson. Ande con cuidado.

El hombre es un anciano elegante. Viste traje, corbata y maletín. Decenas de esos tipos revolotean cada día por las facultades. Miran serenos a los profesores, esquivan a los alumnos. Vierten sentencias entre clases.

—Buenos días, profesor Nassif. Bonito discurso el que le acaba de dar a Smithson.

—No era un discurso, Huggins. Sólo charlábamos.

—¿Sobre qué? ¿Sobre lanzarle contra el gobierno?

—Yo no he hecho eso.

—Claro que no, profesor Nassif. Pero se arremolinan en torno a usted grupos de alumnos. Alumnos pacifistas, manifestantes, alborotadores. Rompen el clima de estudio de esta institución y...



—Sabe que yo no pontifico. Si me preguntan, contesto. Pero no ando por la calle gritando y movilizandoo masas.

—Por supuesto que no. Sin embargo, el rectorado no está nada cómodo con la situación. Su gente no se lo pone nada fácil a las tropas y si encima...

—¿Mi gente? ¿Me está diciendo que los iraquíes somos culpables de lo que sucede en mi país?

—Yo no estoy para juzgar eso.

—Pero no tiene reparos en afirmarlo. Han entrado en mi país. Lo han destruido. La gente teme por sus vidas y yo he tenido que marcharme para no morir por condenar su juego.

—Se marchó porque quiso, Nassif. Además, nosotros le brindamos una oportunidad única aquí. Un cómodo puesto de profesor que...

—Que por lo que entiendo me quieren quitar porque no apoyo su actuación en mi país, que le recuerdo es mío y no de ustedes.

—Nassif, el rectorado ha meditado mucho la decisión y me temo que tendrá que abandonar el puesto lo más rápidamente posible. La semana que viene se incorporará el nuevo profesor.

—Sí, ningún problema. Será mejor que me marche. Dígale al nuevo profesor que aquí se guardan las réplicas de Gudea. —y golpea el cajón con un golpe seco y triste.

—Podrá decírselo usted cuando llegue.

—Lo dudo. Buenos días, profesor Huggins.

—Adiós, profesor Nassif. No en vano le llamaron Mâred, “el rebelde”

Mâred recoge los apuntes de su mesa sereno. Los deja en la carpeta, la cierra con parsimonia y comienza a marcharse. Cada paso que da hacia la salida es un paso que le sabe a fracaso, a tierra seca, a sal. Mientras guarda su compostura, se derrumba por dentro, le falta el aire. Huggins clava su mirada en la nuca de Nassif y le sigue intran-



quilo hasta que abandona el aula.

Mâred realiza el viaje de vuelta al East London como si nada hubiese pasado. Se siente como en ese malísimo efecto de las películas que ha visto alguna vez. Es como si alguien rebobinase el vídeo de su vida. Retroceden todas las escenas: la entrada es salida; la llegada, partida; la gente que sale regresa; los que volvían comienzan. Donde apretó el acelerador lo suelta, donde frenó arranca. Finalmente llega a su casa, convencido de que el día había vuelto a empezar. Se desnuda,

se sumerge de nuevo en la bañera. Mira el plato del desayuno ahora vacío y vestido de nuevo camina hacia la puerta. La abre y se dispone a salir pero en un último momento, una milésima de segundo crucial, sus ojos se apagan y se enciende su mente. Vuelve al mundo y toma otra decisión. No sale. Cierra la puerta del apartamento para siempre, dispuesto a aprovechar esta segunda oportunidad.

Una semana después en la ciudad de Dahuk, al norte de Iraq, una comitiva fúnebre camina por las calles. No son demasiadas personas. Una mujer menuda y frágil es flanqueada por un hombre fuerte y una joven grácil de aspecto enfermizo. Unos pocos los siguen. Los llantos y lamentos inundan la ciudad. Tras un rato caminando, todos se paran y se silencian y un viejo imán de barba estropeada y cana habla con voz solemne:

—Mâred Nassif perdió su vida la semana pasada en Londres. Hoy nos reunimos para despedirle donde él quería, en su país, en su casa. Mâred se vio arrancado de los brazos de su país y su familia por razones terribles. Fuera siempre se vio extraño, ajeno, abstraído. Era un refugiado. No vivía en carpas, en tiendas. No sufría por el hambre ni por la falta de salud. Pero igualmente era un desplazado, igualmente cortado de su tierra, de su sustento. Salió con la esperanza de volver algún día a su despacho de la universidad, a abrazar a su familia, a ver como crecía todo. Tristemente, sólo ha podido regresar muerto. Que su muerte nos haga recordar a todos los que han tenido que huir y que viven en la otra punta del mundo con el anhelo de regresar algún día y que tal vez, como Mâred, no lo hagan o lo hagan demasiado tarde. Oremos para que descansa al fin bajo la tierra seca y Alá le abra las puertas del Paraíso a su alma.

Entonces se rompió el silencio y los sollozos acompañaron de nuevo a Mâred Nassif hasta su sepultura.